



TERCER RETO DE MICRORRELATOS

ONLINE curso 2022-2023

“EL GATO”

**UNIVERSIDAD POPULAR
AULA DE LITERATURA
FEBRERO 2023**

ÍNDICE

MI ESPACIO, MIS REGLAS	J. C. Santa	4
SER GATO	Ángel Rodríguez García	5
PRESAGIO	Víctor M. Jiménez Andrada	6
NOTICIAS	Antonio Polo	7
OTELO	Marga Gozalo	8
LA TRAVESURA	Isabel González	9
EL GATO FILU	Joaquina Campón	10
MARGOT	Teodora Castro	11
POR UNA MIRADA	José A. García Feria	12
EL GATO	Dámaso Lozano	13
EL GATO DE ANDREA	Vito Cruces	14
¡ZAPE!	Blanca Fajardo Utrilla	15

MI ESPACIO, MIS REGLAS

Aunque sea un gato, me siento incapaz de mentir cuando se me pide la verdad de los hechos.

Esa tarde Benito no se quedó a cenar. Andrea lo trató de un modo distinto a como lo había hecho hasta ahora. No paró de hacerle preguntas. Tengo la sensación de que desconfiaba de él. « ¿Por qué has llegado tarde?», le decía, mientras lo miraba de arriba abajo. La tensión que se generó en ese momento fue escalando hasta que Benito zanjó la discusión dando un portazo al salir. Puede que todo esto viniera provocado porque yo recibí a Benito de manera poco amistosa. Al contrario de lo que venía haciendo hasta ahora me mostré con él arisco y huidizo, lo que hizo que Andrea lo mirara con otros ojos.

De esto hace ya varios días. Noto a Andrea más triste y pensativa. Me tiene en su regazo, me acaricia, me hace carantoñas y arrumacos, se pasa la tarde hablando conmigo y me siento feliz, calentito, vuelvo a ser el centro de su mundo.

No me gusta mentir cuando relato los hechos, ya lo he dicho, pero no me importa actuar de modo que los hechos se acomoden a mis intereses y, esa tarde, logré mi objetivo.

J.C. Santa

SER GATO

Oigo el rumor sordo, la respiración cadenciosa y aletargada.

Mi historia es realidad pura, pura vida, todo lo que hago tiene significado, es acción, acción intrusiva, que casi siempre envuelve algo, al menos, influye y dirige el rumbo. Así lo propuse a mi ser gatuno, exento de veleidades pasajeras. Tan solo a los dedos gordezuelos de Andrea consiento que rasguen o acaricien mi espalda, aunque prefiero que sean los rayos de sol, que diariamente atraviesan los cristales de la ventana, suaves, limpios e incontestables, los que proporcionen sensualidad a mi brillante manto.

Un pequeño revuelo sin importancia: ayer recorrí velozmente las tres habitaciones de la casa, cocina, salón y dormitorio. El baño jamás lo visito, está lleno de olores penetrantes y desagradables, además es húmedo y oscuro. Lo rechacé de inmediato al llegar a esta casa. Se lo dejé claro a Andrea con un bufido y erizamiento de pelos. Después de la veloz carrera, salté con mi habitual destreza elegante al sofá moderno, a la mesa camilla y al sillón de leer. Entre el asombro y la sorpresa de las dos personas que estaban de visita: Benito y un chiquillo que olía perrunamente, de una forma atroz. No le permití tocarme y se lo indique gestualmente, primero arqueando mi lomo y ante su insistencia retirándome al mullido cojín bajo la ventana. Decidí que en caso de reincidencia, probaría la caricia de mis escondidas uñas. No lo intentó.

Andrea es maestra. Maestra en el arte del sufrimiento. El sufrimiento es la capacidad que tienen los humanos para hacerse daño a sí mismos. Así mismo gritó Andrea, al derramarse todo el líquido del acuario. El acuario es un cajón transparente que contiene varios seres de grotescas formas, sumergidos entre burbujas ascendentes, con ojos bobalicones que devuelven mi mirada. Mi mirada, esto lo dicen Andrea, Benito y los visitantes de este reino, es una mezcla de enigma, belleza y amenaza y jamás se descubre cual de los tres caracteres va a prevalecer. Después del rompimiento del cajón transparente, que dejó todo el suelo de madera lleno de agua con seres que graciosamente saltaban sobre ella, experimenté por primera vez el instinto cazador que enaltece a mi especie. Una especie incapaz de amoldar su espíritu depredador a una situación como aquella; de un salto atrapé al ser saltarín con apariencia lunática. La Luna es, para los gatos, su alter ego, su apacible apariencia, el esotérico significado que infunde, no muestra jamás el lado escondido, la cara oculta, que se manifiesta solo cuando el rayo de luz se arquea y converge en la esencia de su naturaleza. Naturalmente, Andrea, haciendo gala de su dualidad, asestome con el mango de un cepillo barredor, un golpe certero en mi negro lomo, a la vez que profería un estridente y agudo grito: ¡Micifuz, suéltalo!

Ángel Rodríguez García

PRESAGIO

Andrea deja que la tarde de primavera se derrame lenta, con los sonidos y los aromas dulzones que se cuelan por la ventana abierta y que lo invaden todo a su paso. Tantas huellas de vida desbordante la hunden aún más en sus pensamientos oscuros. Está sentada en su sillón de lectura y tiene en el regazo a Gus. Lo acaricia con cariño y el felino le responde con un ronroneo acompasado, se diría que impregnado de cierta tristeza. Unas lágrimas empañan sus ojos y hacen que la estancia tome un aspecto onírico y maldito. Se limpia con el dorso de la mano, en un movimiento brusco. El gato le clava una mirada ámbar que parece pedir perdón.

Ella había oído hablar de la intuición de los animales, de ciertos sentidos que el ser humano tiene opacados como contrapunto a la evolución, pero hasta hoy no lo había vivido.

Sucedió por la mañana. Benito llamó a la puerta. Pasaba cerca y se le ocurrió que era buena idea visitarla. Sabía que Andrea se levantaba temprano y se ponía a trabajar enseguida. No quería interrumpirla, pero conocía su costumbre de hacer una pausa para desayunar sobre esa hora. Llevaba unos churros que acababa de comprar. El paquete aún estaba caliente. Ella lo recibió encantada y se dispuso a preparar café para los dos.

Gus miraba a Benito con una desconfianza inusitada, no se acercó a frotarse con sus piernas, como solía hacerlo. Él intentó alargar la mano para acariciarlo, pero el animal evitó el contacto, refugiándose bajo la mesa de la cocina. Cuando perseveró en el intento, el gato huyó a la carrera y se ocultó en algún rincón alejado, hasta que Benito se marchó. Andrea se extrañó de su comportamiento, era la primera vez que sucedía algo así, aunque decidió no darle más importancia al asunto.

A media mañana el teléfono rasgó el aire con su estruendo insolente. El día se convirtió para ella en la espiral líquida que se forma en un sumidero y que arrastra todo a su paso. Entonces supo que Gus había percibido la sombra horrible que acechaba a su amigo.

Víctor M. Jiménez Andrada

NOTICIAS

He sacado dos conclusiones de esta historia: a) el alma de un gato se puede reencarnar en otro gato, igual que lo hace el alma humana, y b) las noticias nos manipulan hasta crear monstruos que no son tan crueles como la realidad.

Todo ha sucedido esta mañana mientras tomaba un café en casa de mi amiga Andrea. Su gato Micifuz, que siempre ha sido muy tranquilo, saltó a la mesa tirando mi taza al suelo.

—Benito, cuánto lo siento— se disculpó Andrea mientras el gato me miraba a los ojos. Y en ese instante recordé la pesadilla que anoche apenas me había dejado dormir...

... Estaba ante el televisor, comiendo con el informativo. Ese día pusieron de primero cadáveres en una autopista, de segundo degüellos en un supermercado, de postre una fiesta de matanza del cerdo. Una señorita con cara triste avisó que la siguiente noticia podría dañar la sensibilidad. Dejé de masticar. Levanté la mirada.

TITULAR: Un país en guerra. Una mujer tiene un gato y un hijo. El gato duerme en un canastillo. El hijo está en el frente. La frente de la mujer tiene muchas arrugas. La mujer acaricia al gato cada noche y besa una fotografía del hijo que está sobre la mesilla, junto al canastillo.

La lámpara de la mesilla siempre está apagada. No hay luz desde hace meses. La mujer se alumbra con velas de aceite y los ojos del gato. No hay agua. Cada día la mujer va a un pozo con bomba manual que instalaron al final de la calle, junto a una sala de bingo destrozada porque le tocó la lotería. La mujer no juega al bingo porque está sola y el gato no sabe contar. Pero cada día echa al azar la hora en que sale a por agua, cada trozo de tierra que pisa intentando evitar una mina, el momento en que no cae un obús. Al salir siempre se santigua y reza cuando vuelve a casa. Reza no porque crea sino por buscar rutinas.

Es una rutina acariciar al gato. El gato le devuelve sus cuidados, cada día aparece con una rata entre sus bigotes. Es educado y no la come. Solo la mata. La mujer ha oído que hay muchos muertos por todas partes, que hay muchas ratas gordas. Más tiempo para vivir con su gato, más tiempo para esperar a su hijo.

Durante tres meses siguió la noticia del gato. Destacaron lo impúdico del maltrato animal. El mes pasado el gato no se podía levantar. La última rata casi le mata. La mujer le cuida. Mira al gato. Mira la foto de su hijo.

La semana pasada solo estaba la mujer, la foto del hijo y una piel de gato en la canastilla. Al fondo hervía un estofado. Ayer han cambiado las noticias. Nada se ha dicho sobre la piel del gato junto a la mujer con la foto. Desaparecerán para siempre.

Dentro de 60 años han puesto un documental. Un anciano cuenta su vida en el campo de batalla. Al final le preguntan por su gato. No ha contestado. Todos los que han conocido una guerra la quieren olvidar y los que no la han vivido desean recordarla a su manera...

Antes de que Micifuz saltara de la mesa vi en el fondo de sus ojos a la mujer, al hijo y al gato. Me han mirado con envidia porque nunca he vivido una noticia de guerra.

Antonio Polo

OTELO

Benito ya le había parecido inquietante en sus conversaciones telefónicas. Otros padres de las universitarias que se alojaban en la residencia se mostraban muy protectores y le pedían que supervisara su alimentación o alguna medicación, pero el padre de Ana había superado todos los límites. Incluso había solicitado ver las grabaciones de la cámara de seguridad del portal comunitario para poder fiscalizar en la distancia los horarios, la vestimenta y las compañías de su hija.

Andrea había tenido que sugerirle, amablemente, que le buscara a Ana otro tipo de alojamiento, aunque era una chica estúpida. No estaba dispuesta a traicionar la confianza de sus residentes o a espiar sus movimientos. Ya llevaba siete años regentando el negocio y solo excepcionalmente, había tenido que alertar a las familias de alguna chica con comportamientos peligrosos para su salud. Esta actitud le garantizaba la confianza de sus usuarias y la estabilidad del negocio. Hace cinco años le tocó anexionar el piso de al lado para ganar con él cinco dormitorios más. Fue un acto de valentía, puesto que Ofelia, su vecina, murió en extrañas circunstancias. Durante más de una hora escuchó los lamentos de Otelito, su viejo gato. Cuando, después de llamar varias veces, decidió entrar a ver qué pasaba, se la encontró inconsciente junto a varios botes de medicamentos y los médicos no pudieron hacer nada por ella. La conclusión de la policía fue que se trataba de un suicidio. Andrea nunca creyó esa versión, Ofelia estaba llena de vida y muy ilusionada con un hombre al que acababa de conocer y que los vecinos no consiguieron identificar. Además, hubiera sido la primera vez que su vecina dejaba desprotegido a su gato, al que Andrea daba de comer cada vez que ella faltaba de casa por una sola noche. Al principio no tenía pensado adoptar a Otelito, pero nadie se quiso hacer cargo de él y resultó ser la más amorosa de las compañías. Cuando murió el verano pasado, siguió teniendo la sensación de que, todavía, algunas noches se acurrucaba a su lado y ronroneaba dulcemente.

Cuando subió por primera vez a recoger a Ana a la Residencia, Benito le causó una impresión tan desagradable como en sus conversaciones telefónicas. Esa estudiada indumentaria que contrastaba con sus toscas facciones, sus melifluos modales, su forzada sonrisa... y, sobre todo, cómo miraba las fotos de las chicas que adornaban la recepción. Pero el colmo fue cuando se hizo el despistado y, sin pedir permiso, se metió en uno de los cuartos, precisamente aquel en el que encontraron a Ofelia, que solo se usaba como almacén. Cuando fue tras él para llamar su atención fue cuando sucedió todo. De pronto, le encontró agitando los brazos, como si quisiera defenderse. Pensó que era pura comedia, hasta que una salpicadura de sangre manchó las cortinas. En pocos minutos, su cara y sus manos acabaron llenas de arañazos. Cuando llegaron los del 112 preguntando por las vacunas y el estado de salud del gato atacante, Andrea se escuchó a sí misma decir:

—Nosotros no tenemos gato, y estamos en un séptimo piso.

Y, aunque esta afirmación fue refrendada por los testimonios de las residentes que salían en ese momento de sus cuartos, Andrea tuvo la sensación de estar mintiendo. Peor todavía... la de estar encubriendo a Otelito.

Marga Gozalo

LA TRAVESURA

Nunca se había comportado de esa manera tan extraña. Silver, el gato de Andrea, era muy tranquilo; se pasaba los días dormitando en el sillón del porche, ronroneando feliz cuando su dueña lo acariciaba; claro, que también hacía sus incursiones por los patios colindantes, como es habitual en un gato. Ayer, sin embargo, reaccionó de una forma insólita cuando se presentó de improviso Benito, el vecino de enfrente. Este era un chico tímido, que estaba enamorado de Andrea, pero aún no había dado el paso hacia una relación amorosa. Silver, al verle, levantó la cabeza y salió corriendo despavorido, como alma que lleva el diablo, metiéndose en la caseta del perro, Roqui. Los dos animales convivían en paz, ignorándose mutuamente, por eso causó tanta extrañeza que buscara protección en la caseta de su enemigo natural. No hubo manera de convencerlo para que saliera de allí hasta que el vecino se marchó. Maullaba asustado y les arañó cuando quisieron cogerlo. Andrea estaba muy preocupada y sorprendida. Le preguntó a Benito si había ocurrido algún percance con el animal, pero él alegó no saber nada al respecto. Andrea lo notaba nervioso e intuía que mentía, pero no quería presionarlo, pues a ella también le gustaba el chico. Benito comprendió que la relación no avanzaría si comenzaba con mentiras y secretos; así que se armó de valor y le contó el incidente.

Los jueves por la tarde se ocupaba de cuidar a su sobrino de siete años mientras sus padres trabajaban. El niño era muy travieso y cuando vio a Silver en el patio lo cogió, lo ató con una cuerda y lo metió en una pila con agua para bañarlo; lo sujetó tan fuerte que casi lo ahoga. Ante los maullidos desesperados del pobre animal, salió su tío y lo liberó. Decidió ocultárselo a su dueña, ya que temía su reacción.

Andrea al principio se enfadó, pero comprendió que no era culpa de Benito tener un sobrino tan salvaje. Sin embargo, cuando le propuso salir juntos, le dio calabazas; ese niño y el gato eran incompatibles. Para ella lo primero eran sus mascotas.

Isabel González

EL GATO FILU

Andrea prepara con esmero el café, está a punto de llegar Benito, “su prometido”. Filu siente que algo trama Andrea, y está alrededor esperando que le haga caso, pero ella solo tiene pensamientos para el que va a venir. Benito se ha puesto su traje nuevo, pues desea pedirle matrimonio. Al llegar, Andrea le saluda cariñosamente, y Filu se acerca a saludarlo. Benito, que no es amigo de felinos, le lleva preparado unos bombones que le han vendido expresamente para gatos. Al lucir su cuerpo en los pantalones, Benito lo acaricia y le da un bombón. Filu, contento, sale al balcón a saborear el dulce, y de pronto, allí aúlla con llanto de terror y deambula por la estancia dando vueltas y mirando a Benito, se le eriza el pelo y su cuerpo se alza en señal de enfado. Andrea le pregunta:

— ¿Qué le has dado?

Y le responde:

—Le he dado una golosina que he comprado en la pastelería.

— Dame una que la pruebe.

Benito le da una y Andrea la saborea y comenta.

—Está muy bueno, aunque sabes que los mininos no deben comer azúcar. Una vez no importa, pero tenlo en cuenta para la próxima.

Andrea sigue saboreando el dulce y de pronto grita y dice:

— ¿Sabes lo que tienen de relleno, sabes lo que tienen? Ajos crudos.

Andrea, enfadadísima, le abre la puerta y lo echa. Benito sale y va refunfuñando:

—Con las ganas que tengo de que Filu se vaya de casa y me ha salido mal la jugada. Andrea tiene que decidir, porque yo, con un gato, no comparto mi casa.

Joaquina Campón

MARGOT

Volvíamos a casa de madrugada. Al pasar cerca de unos contenedores de basura oí un maullido. Me pareció agónico. En el suelo, metido en una caja de zapatos sobrevivía un gatito. Contemplarlo así me partió el corazón. El frío y sus pocas semanas podrían haberse cobrado una de sus siete vidas, pero allí estaba, esperándome.

— Me lo llevaré a casa—dije

— ¿Qué dices? ¡Estás loca, Andrea! No me gustan los animales, ya lo sabes, en especial los gatos— añadió mi novio enojado.

Ignoré sus quejas y unas semanas más tarde me abandonó. No podría asegurar si pesó más la fobia al felino o la morena diez años más joven que yo. Embargada por la tristeza comencé a hablar con el gato, que había resultado ser gata y llamé Margot.

Tanta atención parecía poner a mis palabras, que me animé a contarle las canalladas del ingrato que nos dejó. Cuando se agotaron los agravios seguía tan dispuesta a escuchar que se me desató la lengua y le desgrané mi vida amorosa. ¡Al completo! Puso tanto esmero en ello que, desde ese día, la convertí en mi confidente.

Encajamos nuestros hábitos y rutinas en una suerte de toma y daca. Al llegar a casa, me esperaba acurrucada encima de mis zapatillas como si fuera un calentador portátil. A cambio, yo no podía poner música ni bailar al ritmo de *rock and roll* porque la angustiaba. Decidió que mis pies, catalogados como mi punto débil, sería el mejor sitio para acompañarme por las noches. Respondí aumentando mi presencia en casa para ayudarla a superar el estrés del celo. Lo más curioso de esa simbiosis es que Margot me cuidaba de mis amistades masculinas. Los escaneaba antes de dictar sentencia. Aprendí pronto a descifrar sus códigos y, lo confieso, en ocasiones obraba en consecuencia.

Éramos felices hasta que llegó Benito, un antiguo novio que se largó a Estados Unidos porque allí, decía, los hombres podían hacer fortuna. Volvió sin un euro. El primer día que nos visitó, Margot se mostró arisca. Estaba en celo y no le di importancia. En la segunda ocasión, mi colega se sobrepasó en caricias que ella no aguantó, mi gata no perdona las imposturas, y me vi obligada a encerrarla en una habitación. Hoy, en la tercera visita, enloqueció. Bufó, le enseñó los dientes y hasta le plantó cara. Pero lo más insólito fue verla correr a lo largo del pasillo hasta chocar contra la pared final. Cada carrerilla más veloz que la anterior. Cada topetazo más violento. La situación me desbordaba. A gritos le pedí a mi ex que se fuera. Su mirada me paralizó y por un momento temí por nosotras.

Para tranquilizarme me senté en el sofá, puse la tele y esperé a que Margot se acurrucara en mi regazo. Apenas si habíamos recobrado la calma, la foto de Benito en la pantalla nos erizó. A las dos. A la vez. «Peligroso terrorista español en busca y captura por el FBI» decía una voz *en off*.

Teodora Castro

POR UNA MIRADA

Cada día de clases acudía al curso de COU en autostop, el centro distaba de su domicilio unos catorce kilómetros. Tuvo una buena racha al aprovechar que un amigo traía y llevaba operarios de la construcción en un Simca 1000 y en estos días solo era quedar con él a una hora fijada arriba en el cruce. Cuando este fallaba el conductor de un camión del Ministerio de Obras Públicas lo recogía en aquel punto de la Nacional 630.

Aquella mañana de diciembre, a la hora del recreo, el frío se hacía notar y una niebla espesa difuminaba los contornos de aquella placita anexa a la entrada principal, donde se echaban algunos cigarrillos, menos Benito, que fumaba en pipa, arropado por su abrigo de paño azul marino. En aquel 20 de diciembre de 1973 se hablaba de manera confusa y preocupante del atentado con bomba en Madrid de ETA y que le costó la vida a Carrero Blanco. En esos momentos no calibraba la importancia de tal hecho y posibles repercusiones. Con su mirada solo buscaba en aquel receso a ella, a Helena, por si merodeaba por allí. En el aula la tenía sentada delante de él y es que había vuelto a sentir un no sé qué por esa criatura. En lo académico había avanzado un grado más, pero en el amor se estancaba, ¿cuál era su sentimiento? Definitivamente eran los ojos de Helena los que lo enardecían a rabiar, su mirada glauca, como agua de mar. En aquellas vacaciones navideñas los echó de menos y la vuelta no alivió ninguno de sus pesares.

Rozando ya los cincuenta, y con su confusión habitual sobre el amor a cuestas, Benito acudía a su cita con Andrea en casa de ella. La pareja se besó de forma lasciva tras cerrar la puerta; en el confort del salón dormitaba el gato, encima del sofá, que con la presencia del extraño abrió sus ojos perezosamente, relamiéndose. Benito no pudo evitarlo y fijó sus ojos en él, quedó su mirada clavada en la del animal y este reaccionó de una forma extraña y desconocida para su dueña, maullaba nervioso y erizado en su pelaje a cuatro patas sobre la tapicería donde plácidamente descansaba. Ella acudió rauda a proteger a su mascota y lo tomó en sus brazos, le explicó que el minino con esa mirada fija se sentía retado en un acto de intimidación y desafío. Benito, por su parte, no le confesó que los ojos del felino eran calcados a los de aquella compañera, Helena, tantos años después...

No volvió a ser tan recalcitrante en sus ojeos pero de forma disimulada no cesaba en la contemplación de aquella fierecilla y de esas ventanas oculares orientadas a un mar bravío.

José A. García Feria

EL GATO

El gato de Andrea, que siempre ha sido muy tranquilo, reaccionó de forma extraña cuando Benito vino de visita. Hasta ahora no se había comportado de ninguna manera extraña. «¿A qué se debe esto?» Se preguntaba ella.

Dos semanas antes, Benito se había encontrado con Jaime, un viejo amigo que hacía años que no veía, le llamó la atención que su físico no había cambiado nada en ese tiempo, incluso parecía más joven. Mientras tomaban un café recordando otra época y en nombre de la amistad que siempre se profesaron, Jaime optó por contarle su secreto ante la insistencia de Benito.

—Te va a extrañar lo que te voy a contar —dijo Jaime —Pertenezco a un, llamemos club, donde nos reunimos en una casa del Barrio Judío una vez al mes para degustar un gato.

— ¡Puaj! Qué asco —comentó Benito.

—Déjame continuar. El grupo está formado por siete personas, como las vidas que tiene un gato. Mediante un sortilegio lo sacrificamos y al comerlo nos pasa a cada comensal una vida, por eso solo debemos ser siete. Pero este mes ha fallecido uno del grupo en un accidente y tenemos una plaza libre. El requisito para entrar en el club es llevar un gato vivo. Piénsatelo, si te interesa me llamas, este es mi número.

Después de la despedida, la cabeza de Benito era un hervidero cada día, no dejaba de pensar en lo que le había contado su amigo, ¿sería verdad? y ¿dónde conseguiría él un gato? Una llamada en el móvil le sacó de sus elucubraciones, era su amiga Andrea que le pedía un favor, se marchaba un mes fuera, en un par de días, y no tenía con quién dejar el gato.

—Voy a tu casa y me cuentas —contestó Benito, pensando que se lo habían puesto en bandeja.

Al entrar en la vivienda de su amiga sus ojos se fueron al gato que, rápidamente, se escondió detrás del sofá erizando sus pelos al verle. ¿Intuía algo el animal?

— ¡Qué extraño! ¿A qué se deberá esto? —dijo Andrea.

—Debe presentir que viajas y lo dejas aquí. —Contestó —Pero no te preocupes. Si quieres mételo en el trasportín y me lo llevo ahora, así se va acostumbrando a mi casa y tú haces la maleta con tranquilidad.

Al llegar Benito a su piso con el gato, lo primero que hizo fue llamar a Jaime, estaba dispuesto entrar en el club, tenía el requisito. Jaime se presentaría por la mañana en su casa con los demás miembros del club para acompañarlo e iniciar el rito.

Las noticias del mediodía lo confirmaron: “Se desprende un ascensor desde un séptimo piso falleciendo siete personas, curiosamente solo se ha salvado un precioso gato dentro de un trasportín”.

Dámaso Lozano

EL GATO DE ANDREA

Andrea ama a todos los animales, especialmente a los gatos. Un día, cuando regresaba del colegio, vio un gato blanco y negro que andaba con dificultad por la acera y pedía ayuda con sus lastimeros maullidos. El animalito intentó varias veces cruzar la calle, pero retrocedía nada más poner una pata en el asfalto. Pasaron muchos transeúntes, pero ninguno se detuvo a auxiliarle hasta que la niña, cogiéndolo con sumo cuidado, lo llevó al veterinario para que le curara las numerosas heridas que tenía.

— ¡Mamá, mamá mira lo que traigo! —le mostró su dulce carga.

— ¿Quién te ha dado ese gato?

—Me lo encontré en la calle. Es precioso.

—No podemos quedarnos con él.

—No quiero abandonarle. Está herido —suplicó la pequeña.

—Por eso necesita más cuidados que los otros y no tengo tiempo para dárselos.

—Prometo encargarme de esa labor.

En pocas semanas el felino recuperó por completo su vitalidad. Era un animal muy dócil y cariñoso. Además de correr por las calles y por los tejados o cazar ratones, le gustaba tocar a los habitantes del hogar donde residía y que ellos lo acariciaran; sobre todo, quería dar y recibir los mimos de la niña que, fiel a su promesa, le ofrecía los cuidados que necesitaba.

Una tarde fue a visitar al padre de Andrea, un viejo amigo. Se llamaba Benito. Los dos hombres llevaban varios años sin verse. Mientras se saludaban, el gato, arrasando con todo cuanto halló a su paso, salió despavorido de la sala. Parecía haberse vuelto loco de repente. Andrea, asustada, rompió en llanto.

— ¡Ah está aquí Lucifer! —exclamó el visitante.

— ¿Lucifer? —le preguntó el otro hombre.

—Sí, ese gato fue mío. Un día me robó un trozo de carne cruda que tenía sobre la mesa de la cocina y pensaba tostar para la cena. Cuando lo alcancé, le di una paliza y lo eché de mi casa. No sé cómo está vivo.

Vito Cruces

¡ZAPE!

Lucas era un gato persa, de un pelaje sólido y bicolor. Poseía una constitución robusta y una estructura ósea y fuerte envidiable. Tenía pequeñas patitas y un pelo fino y sedoso aparecía entre sus dedos. Su cola era cortita, al igual que sus pequeñas orejas. Su precioso y abundante pelo, grueso, denso y largo, que Andrea peinaba diariamente para evitar los enredos, le hacía parecer voluminoso. Pero lo más valorado del felino era su placidez. Lucas era como un gatito recién nacido, apacible y cariñoso con todo el mundo, Benito entre ellos. Le gustaba corretear por la vivienda, revolcarse, estirarse al lado de Andrea, tumbarse en su cama y sentarse en su regazo y jugar con pelotas. Solo atacaba cuando creía ver a algún ratón. Andrea lo quería mucho porque parecía que Lucas entendiera sus preocupaciones y cuando ella estaba mal, Lucas incrementaba sus comportamientos juguetones y de cariño y acercamiento hacia ella.

Y hoy, precisamente hoy, Andrea estaba desolada porque, tras mantener una relación de más de 7 años, casi 8 de noviazgo en pleno siglo XX, Benito, armándose de valor, le dijo que ya no era feliz con ella. Esta, sorprendida e irritada le preguntó: « *¿cómo que ya no eres feliz conmigo?; ¿y has tardado solo ocho años en darte cuenta? Yo, sin embargo, estaba confundida, creía que estaba con un hombre y, además, un hombre inteligente y resulta que estoy con un infeliz. ¿Y qué hacemos?»* Benito, desviando la mirada y con cara compungida contestó: «*lo mejor, Andrea, es que lo dejemos. Ya no siento nada, ni me ilusiona hacer planes contigo, y noto un peso y una monotonía enormes. Todo acaba y a nuestra relación le ha llegado el fin*». Andrea, con el corazón latiendo a una enorme velocidad, pero con su cabeza y sus ideas muy claras, hizo un esfuerzo sobrehumano para no arrancarle allí mismo los intestinos, se puso en pie, le miró fijamente a los ojos y con rabia contenida y gesto agrio, remedando a Paquita la del barrio, le espetó: «*rata inmundada, animal rastrero, adefesio mal hecho, escoria de la vida. Infracumano, espectro del infierno, maldita sabandija, cuánto daño me has hecho. Eres una alimaña, una culebra ponzoñosa, un desecho de la vida, te odio y te desprecio. Porque un bicho rastrero, aun siendo el más maldito, comparado contigo se queda pequeño. Maldita sanguijuela, maldita cucaracha que infectas donde picas y hieres y matas. Rata de dos patas, te estoy hablando a ti, ¿me estás oyendo?, ¡inútil! ¡Hiena del infierno! Te odio y te desprecio*».

Después de estas *cariñosas* palabras, Benito salió del hogar prometiéndose no volver más, aunque advirtió que se había quedado sobre la mesa su móvil y la cartera. Llamó a la puerta que abrió Andrea, seguida de Lucas, cuya imagen le estremeció: había hinchado su pelaje y enderezado sus patas, para parecer más alto; asimismo, mostraba su espalda arqueada y emitía una serie de rugidos con su mandíbula ensanchada. Sus pupilas estaban dilatadas y parecían enormes, al igual que sus pequeñas orejas que asomaban tirantes y tiesas. Miraba fijamente a Benito, resoplando y rascando, alternativamente, el suelo con sus patas. Andrea supo reconocer las señales de enojo que Lucas mostraba y esbozando una cruel sonrisa, le miró, le dio un cachete en el lomo y con voz de trueno y gesto enojado le dijo: *¡juta con él, Lucas!, ¡devórale poco a poco y enséñale de una vez quién manda aquí!* Y así fue como a Benito, de nada le sirvieron los múltiples zapes que pronunció, dirigiéndose con pavor al felino.

Blanca Fajardo Utrera